

Escritura geosimbólica en *Vereda del norte* (1937), de José U. Escobar, novela queer de la frontera norte mexicana

Geosymbolic Writing in *Vereda del norte* (1937) by José U. Escobar: A Queer Novel from Mexico's Northern Border

Carlos Urani Montiel¹

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

<https://orcid.org/0000-0003-3914-0740>

Recibido: 9 febrero 2022

Aceptado: 8 enero 2023

Publicado:

Resumen

La novela *Vereda del norte*, del polifacético escritor mexicano José U. Escobar (1889-1958), se mantuvo inédita por más de medio siglo. Compuesta hacia 1937 en Ciudad Juárez y publicada en 2005, es una pieza clave de las letras norfronterizas mexicanas, particularmente, y de la literatura homoerótica latinoamericana, en general. El presente artículo analiza el texto mencionado a partir de cuatro ejes de estudio: los lazos afectivos de la pareja protagónica, los geosímbolos

¹ Carlos Urani Montiel, Ciudad de México (México). Es Doctor en Estudios Hispánicos por Western University, Ontario, Canadá. Actualmente se desempeña como Profesor-Investigador de Tiempo completo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Este artículo fue extraído de una investigación más amplia titulada *Cartografía Literaria de Ciudad Juárez* (2019).

homoeróticos, el posicionamiento político desde la ficción histórica y la tradición de la escritura queer en la zona fronteriza de Ciudad Juárez-El Paso.

Palabras clave: José U. Escobar, *Vereda del norte*, homoerotismo, Revolución mexicana, geosímbolo, frontera, queer

Abstract

The novel by the multifaceted Mexican writer José U. Escobar (1889-1958) remained unpublished for more than half a century. *Vereda del norte*, composed around 1937 in Ciudad Juárez and published in 2005, is a key work of both northern Mexico's border literature and the homoerotic literary tradition of Latin America. This paper analyzes the novel from four aspects: the affective ties of the main couple, the homoerotic geosymbols, the political stance of historical fiction, and the tradition of queer writing in the border area of Ciudad Juárez-El Paso.

Keywords: José U. Escobar, *Vereda del norte*, homoerotism, Mexican Revolution, geosymbol, border, queer

“Una frontera es una línea divisoria, una fina raya a lo largo de un borde empinado. Un territorio fronterizo es un lugar vago e indefinido creado por el residuo emocional de una linde contra natura. Está en un estado constante de transición. Sus habitantes son los prohibidos y los baneados. Ahí viven los atravesados: los bizcos, los perversos, los *queer*, los problemáticos, los chuchos callejeros, los mulatos, los de raza mezclada, los medio muertos; en resumen, quienes cruzan, quienes pasan por encima o atraviesan los confines de lo ‘normal’”.

Gloria Anzaldúa. *Borderlands/La frontera*. (2016 [1987])

El autor de la pieza en cuestión nació en la frontera, del lado mexicano, el 25 de mayo de 1889, día de San Urbano, ocho meses después de que la villa agrícola de Paso del Norte cambiara su topónimo a Ciudad Juárez. “Atleta, orador, poeta, pintor, revolucionario, pugilista, explorador, profesor, cantante, actor, novelista, historiador, periodista, político; todo esto fue José U. Escobar” (Sánchez, 1997, p. xiii).² El perfil público de quien alcanzara la dirección de la Escuela Elemental de Educación Física en la Ciudad de México en 1923 sirve de parámetro en la producción de subjetividades masculinas en su escritura póstuma, la cual decidió no dar a conocer. Su servicio público y magisterio gozaron de plena libertad y fortuna,³ no así su obra

² A su santoral se debe la “U” abreviada con la que solía usar su nombre.

³ Con José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública, Escobar impartió clases sobre teoría del deporte, fundó la Alianza Nacional Mexicana de Profesores de Educación Física, de la cual fue secretario, y la revista *Educación Física*, primer órgano de difusión mexicano especializado en el área, dirigida por el propio Escobar. En las páginas de esta publicación mensual aparecieron textos de intelectuales prominentes como Antonio Caso, el Dr. Atl y el poeta Enrique González Martínez. Bajo el lema de “La reconstrucción del espíritu patrio por medio de la juventud”,

creativa, como consecuencia de que *Vereda del norte* bosqueja el cuerpo masculino desde una mirada deseante que si bien sugiere e insinúa, también explicita una homosexualidad que hubiera entorpecido la toma de decisiones y el proceder en las distintas esferas sociales del filántropo.⁴ 68 años transcurrieron para que sus novelas compuestas en la década de 1930 vieran la luz.

De hecho, la novela que se analiza en este artículo estuvo inédita hasta que el historiador Darío Oscar Sánchez le dio el manuscrito autógrafa al escritor y promotor literario José Manuel García-García, que dirigía en Ciudad Juárez durante los primeros años de este siglo la sección cultural “Armario”, de la revista *Semanario*, suplemento en el que la obra en cuestión se publicó por primera vez y por entregas. En 2005, el consejo del Fondo Municipal Editorial Revolvente, coordinado por el mismo José Manuel, la mandó a la stampa en el segundo tomo de la Colección Precursores.⁵ La editora del texto, la cronista y académica Adriana Candia (2005), advirtió el valor de la obra: “Posiblemente la primera novela mexicana con tema homosexual, y la primera novela juarenses de la Revolución” (p. 81).⁶ Al ser una novela pionera de la literatura queer⁷ en Latinoamérica, *Vereda del norte* (1937) merece un estudio a profundidad, ya sea por

también se le encomendó a Escobar la organización y la dirección de las Tribus Indígenas Mexicanas, proyecto que emulaba a los Boy Scouts de Norteamérica.

⁴ De modo similar, la autobiografía secreta de Salvador Novo (1904-1974), *La estatua de sal*, concluida cerca de 1945, sólo salió al público de manera póstuma en 1998. *Juntando mis pasos* (2000), la polémica autobiografía de Elías Nandino, se publicó siete años después de la muerte del poeta.

⁵ En el volumen también se incluyó *El evangelio de Judas de Keryoth*, novela de tema teológico. García-García (2005) detalló en el tercer tomo de la misma colección que *Vereda del norte* se publicó en “Armario”, números del “156 al 163 (del 24 de marzo al 26 de mayo del 2003)” (p. 352).

⁶ Hay que precisar que *Los de abajo*, del jalisciense Mariano Azuela, se imprimió a finales de 1915 a unos pasos de la frontera en El Segundo Barrio, en El Paso. Los cuadros y escenas de la Revolución actual, como reza el subtítulo de la novela por entregas, abordaron el mismo tema bélico, pero en otras latitudes.

⁷ Uso el término queer tal y como lo introdujo la escritora chicana Gloria Anzaldúa (1987) hace 35 años en su libro seminal para los estudios fronterizos/*border studies* (p. 3). A esta línea de pensamiento se suscribe *Latinoamérica queer* (2016), de Héctor Domínguez-Ruvalcaba, quien, desde la Universidad de Texas en Austin, precisó que los varios intentos de traducir la palabra reflejan una “multiplicidad de posicionamientos: cuir, jotería, putidad, lo marica, teoría torcida” (Domínguez-Ruvalcaba, 2016, p. 16). Estos términos se han propuesto en diversos trabajos críticos que estudian “la región latinoamericana y su diáspora cultural como un territorio de acción y conversación política sobre temas relacionados con las sexualidades transgresoras y las concepciones del cuerpo. (...) Optar por el término *queer* en este trabajo obedece a que es el más comúnmente empleado, lo que indica que en varios ámbitos se ha incorporado al uso corriente de académicos, activistas, artistas, etcétera”. (Domínguez-Ruvalcaba, 2019, pp. 7, 9).

ser una pieza fundacional de las letras norfronterizas mexicanas o por la tradición homoerótica que inaugura y desde donde debe ser leída.⁸

El presente artículo estudia la novela a partir de cuatro ejes de estudio. En primer término, examino cómo se construyen los vínculos afectivos –adulto/adolescente, maestro/alumno, sacristán/monaguillo– entre Teófilo y Ricardo, los protagonistas de la ficción narrativa. El segundo apartado, el más relevante del trabajo, devela el mecanismo de los geosímbolos homoeróticos y homosexuales al interior de la novela. En tercer lugar, repaso algunas circunstancias históricas para desentrañar cómo la postura política respecto a la Revolución Mexicana del atleta y profesor de educación física arroja otras pistas hacia una interpretación íntegra de la novela.⁹ Por último, presento una reflexión sobre una poética particular cultivada en la frontera Ciudad Juárez-El Paso a través de las generaciones. Esta historiografía literaria queer a nivel regional, además de incorporar las sexualidades marginadas a un nuevo canon, propone una reconfiguración del sujeto fronterizo desde un ámbito ciudadano geolocalizado que supera tanto las soberanías de Estado como las bases patriarcales y heterosexuales de los imaginarios nacionales.¹⁰

⁸ Si seguimos la cronología trazada por Víctor Torres (2010), sobresale la década de 1960 por haberse publicado dos textos que “se pueden considerar los pioneros de la narrativa gay mexicana: *El diario de José Toledo* (1964), de Miguel Barbachano Ponce (1930-2020), y *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964), de Paolo Po (1926-2003), autor cuya verdadera identidad aún se desconoce. (...) Por encima de establecer fechas, lo importante es destacar la publicación de ambas novelas, casi al unísono, dentro del clima nada favorable hacia la homosexualidad y venciendo todos los obstáculos que imponía la industria editorial”. (Torres, 2010, p. 88)

⁹ En fechas recientes, un par de estudiosos han volcado su atención sobre la obra. A Carlos Montiel (2019), en un artículo de difusión para *SinEmbargo.mx*, le “llama la atención que el vínculo homoerótico en *Vereda del norte* tuviera que esperar casi 80 años para concretarse en otra novela juarense, *Northern lights* de Ángel Valenzuela (2016)” (s.p.). Dos años después, Ernesto Reséndiz Oikión (2021) dictó una conferencia para el Museo de Arte de Ciudad Juárez donde compara la novela de Escobar con la de Valenzuela.

¹⁰ El carácter de importación del activismo queer, proveniente de países metropolitanos, “ha sido uno de los principales puntos de rechazo desde los discursos nacionalistas, como las ideologías revolucionarias en México y Cuba, y las dictaduras del Cono Sur del siglo XX. Parece que el conflicto principal al que se enfrenta la modernidad *queer* es este rechazo de la identidad nacional”. (Domínguez-Ruvalcaba, 2019, p. 15)

Monaguillo y Sacristán

La novela *Vereda del norte* se divide en 20 capítulos o secciones, precedidos por un epígrafe perteneciente a los Libros proféticos del Antiguo Testamento, aspecto sobre el que volveré más adelante. La diégesis, ubicada entre 1910 y 1916, es lineal. Las acciones iniciales ocurren en San Francisquito del Oro, “mineral norteño repechado de sol en un anfiteatro de montañas escalonadas de pinos” (Escobar, 2005, p. 113). En este pueblo católico y minero, cercano a Parral y enclavado en la Sierra Tarahumara en el estado de Chihuahua, viven los padres y la hermana menor del protagonista, que es un chico de 14 años, a quien un narrador culto, omnisciente y en tercera persona no pierde de vista, con el fin de transmitir al lector sus andanzas, sueños y vaivenes emocionales.

Dos acontecimientos detonan las acciones, sacudiendo la tranquilidad del joven y de su núcleo socio-familiar. Por un lado, en el aspecto íntimo, “el chamaco Ricardito García” (Escobar, 2005, p. 108) experimenta un despertar sexual, ilustrado de manera gráfica en el cuarto capítulo cuando, después de tomar una siesta, al bajar de la montaña, conoce a “otro caballero de carne y hueso, y de extraña catadura: sombrero tejano, botas mineras y zarape” (p. 130). Se trata de Teófilo Domínguez, un mocetón mayor que él, de diferente clase social, de rostro moreno, ojos brillantados y voz tristonza (p. 137), con quien Ricardito traba una fuerte amistad que culmina en el capítulo 8 con el acto sexual. Por otro lado, las noticias de una revuelta armada llegan a San Francisco, provocando la agitación de los mineros y su posterior adhesión al movimiento.¹¹ Esto ocurre en el capítulo 10, justo a la mitad de la novela. El clima político

¹¹ Se trata de la Revolución Mexicana en su etapa inicial, alrededor de 1910. El general Porfirio Díaz asumió la presidencia desde 1877. Bajo el lema de “orden y progreso”, la República intentó incorporarse a la economía mundial como exportadora de materias primas. En este panorama figuran las minas y los bosques de Chihuahua. La protesta contra el régimen porfirista, encabezada por Francisco I. Madero, convocó a una multiplicidad de actores con su propia identidad y memoria regionales. Como describe Siller: “El estallido fue intenso en Chihuahua, que a principios del siglo XX era próspera gracias al desarrollo de los ferrocarriles y a su inserción en la economía mundial. Su rebelión

desemboca, primero, en la partida de Teófilo y después, tras la muerte en batalla del padre de Ricardo, en la partida del propio protagonista, quien asume la responsabilidad de su familia, por lo que abandona su terruño en pos de fortuna. Ambos se dirigen hacia la frontera norte, Ciudad Juárez, en donde coinciden por una última y trágica vez, sin siquiera mediar palabra.

La vida en torno a la extracción del mineral se plasma a través de la descripción de las faenas cotidianas en *La Fábula*. “¡La Fábula! ¿No era éste un nombre verdaderamente singular para una mina?” (Escobar, 2005, p. 107). Para Ricardo, acompañar a su padre a las entrañas de las vetas era “una aventura de perfiles juliovernescos” (p. 108). Así se va develando, desde el primer capítulo, el carácter del adolescente fusionado con la tierra. El siguiente párrafo delinea con mayor detalle el perfil de quien “sentía la presencia, casi sexual, del secreto de la montaña” (p. 109), así como el tono prosístico más preocupado por agitaciones corpóreas e instantáneas homoeróticas que por cuadros costumbristas o históricos:

Lo llenaba de euforia acercarse a los hombres, darse cuenta de que todavía estaba junto a la humanidad. Parecía que los mineros flotaban, ingravidos, en una ola de negrura, en donde bailaban, formando extrañas constelaciones, las llamas de las linternas. Debajo de cada punto luminoso brillaban dos ojos; el sudor de las frentes relumbraba con resplandores anaranjados; los dientes blancos relampagueaban detrás de las bocas fatigadas. Los hombres, desnudos de medio cuerpo arriba, ya no parecían hombres, el sudor les formaba caminitos sobre los torsos hercúleos cubiertos de polvo. Las piquetas despedían chispas al chocar sobre la piedra. Los mineros cavaban en el sendero nocturno. Ya no eran seres de carne, sino de tierra. (Escobar, 2005, p. 109)

se originó por la asfixia a la que los sometía la élite local y porque la cadena rebelión-negociación-nuevas reglas-rebelión- etcétera, era una tradición a lo largo del siglo anterior”. (2018, p. 27)

La búsqueda de la identidad sexual, tema dominante en la primera parte de *Vereda del norte*, se construye sin juicios de valor por parte del narrador. Examinar a detalle la articulación del vínculo entre los coprotagonistas cobra sentido, pues sostiene la tensión y los giros de la trama. La intensidad de la relación entre varones crece en la medida en que se conocen, comparten tiempo, se echan de menos y el chico va aprendiendo del mayor acerca de la vida en la sierra; es decir, el deseo entre ambos no es instantáneo ni surge *per se*, sino que gana terreno poco a poco tras la convivencia y la instrucción.¹² Incluso, en el primer encuentro, Ricardo siente temor y se muestra cauto:

La aparición del desconocido no es muy tranquilizadora, porque, a semejantes horas y en un paraje tan solitario, todo puede esperarse. Ni modo de dar un rodeo. Toma del suelo una estaca, por las malditas dudas, y echándole valor al paso, tira de frente, procurando que no se le conozca el miedo. (Escobar, 2005, p. 130)

Teófilo se esfuerza por tranquilizarlo, aunque le confiesa que ya lo había visto con anterioridad por los mismos parajes: “—pero usted parece que es medio música con los probes” (Escobar, 2005, p. 132). Además, se muestra consciente de la diferencia entre el joven hogareño y los márgenes sociales que habita en las afueras del pueblo. La camaradería surge tras unos cuantos pasos y diálogos: “Cosa rara, la desconfianza se ha deshecho. El muchacho y el mocetón han caminado juntos lo suficiente para poder ser amigos” (p. 133). Ambos se sienten atraídos por sus contrastantes diferencias. Mientras que Teófilo se regocija con la ternura del jovencuelo mimado, Ricardo descubre la naturaleza indómita del serrano, circunscrita a situaciones

¹² En “La sombra de Karmidez” (1921), ensayo literario presentado como el adelanto de una obra mayor, *El David de Miguel Ángel*, que nunca vio la luz, Escobar recrea el vínculo helenístico entre aprendiz y maestro: “Es el hombre en flor de mocedad, educado en el gimnasio, respetuoso con los filósofos, amante de las bellas palabras, equilibrado en todas sus facultades, serio, religioso, que inclina la testa al escuchar las palabras suavilocuas de Sócrates, y abre su alma ingenua para que los ojos del maestro penetren hasta lo más íntimo de su ser”. (1921, p. 218)

desafortunadas con visos de injusticia. Teófilo le presume la milpa que siembra junto con su hermano: “Da gusto verla; tapa a un hombre de alta. Hay un vale que dice que es dueño de ese terreno y que nos la va a quitar. ¡Estará por verse! Esa tierra no es de naiden”. (p. 133)

En este sentido, luce errónea la apreciación de Candia (2005) cuando afirma que la búsqueda de la identidad sexual del protagonista se encuentra “más inclinada hacia lo homosexual y reflejada probablemente por eso, como algo oscuro, prohibido, o como una confusión angustiosa” (p. 82). Las expectativas del adolescente ante la primera cita son equiparables a la decepción que siente al ver frustrados sus planes: “Es tan imaginativo, y ha pasado la semana enzarzado en un breñal de zozobras. La curiosidad, mezclada con una buena dosis de inquietud, lo traen todo revuelto y desparramado” (Escobar, 2005, p. 135). El sueño sobre Teófilo resulta tan ambivalente que la imagen violenta: “el mocetón lo golpea con la vara que trae en la mano; después le clava en el pecho el cuchillo”, pronto se apacigua: “llega entonces el desconocido, pero ahora viene sonriendo cariñoso, lo toma en brazos y lo saca del subterráneo, se alongan los muchachos tomados de la mano” (p. 138). Si su madre, doña Carmelita, desaprueba que su hijo esté “encantado con ese sinvergüenza”, se debe a que en el pueblo “Se sospecha que los ladrones [de ganado] son los hermanos Domínguez” (p. 157).

Por último, cuando Teófilo le advierte al joven, alrededor de la fogata, antes del temporal, que “es un perdido” y que mejor se vaya, lo dice porque se siente culpable por su pasado como abigeo: “¡Cómo puede un chamaco como tú, ser amigo de un ladrón!” (Escobar, 2005, p. 161).¹³ En suma, no se deben confundir las ansias ni los efectos en el ánimo que provoca el ser amado con la angustia, ni mucho menos con dejos de arrepentimiento ante algo que jamás se signa

¹³ En la escena referida, Teofilo cuenta que: “—Vivíamos allá en el sur. Teníamos una casita. Mi papá y mi mamá se murieron cuando yo era chico. Teníamos una hermana, un día se la llevó un militar y la engañó. Mi hermano lo mató como los hombres, cara a cara y los dos armados. Mi hermano salió huyendo y no quiso dejarme. Yo tampoco lo habría dejado. Si él estaba perdido, yo también tenía que perderme”. (Escobar, 2005, p. 161)

como prohibido en *Vereda del norte*. Algo que sí ocurre, desde una visión machista y homófoba, en *Los 41* (1906), de Eduardo Castrejón, novela que “repite los consabidos estigmas y clichés en torno al homosexual, de forma que se le caracteriza como un invertido, un tercer sexo que asume una identidad femenina”. (Torres, 2010, p. 87)¹⁴

En *Vereda del norte*, el orgullo homosexual, que presumimos inédito hasta entonces en la literatura latinoamericana, se refrenda con la tradición de referentes gays que desfilan entre sus páginas: el efebo descrito como “Ganímides vestido de manta” (Escobar, 2005, p. 110); la fábula de Píldes y Orestes en relación con la ternura entre el muchacho y su mejor amigo, su perro Skippy (p. 125);¹⁵ las obras del colombiano José María Vargas Vila que lee “Pepe Sánchez, el romántico del mineral” (p. 150); y otros exponentes del universo queer acordes al espíritu febril de Ricardo: “Ignora el adolescente que Platón, Leonardo y Whitman, reflejaban en los claros cristales de sus almas amantes, la luz que ahora lo inunda”. (p. 155)¹⁶

En el capítulo sexto, cuando por fin la pareja se reencuentra en la milpa de Teófilo, este le da el sobrenombre de “Sacristán” al más joven, “porque te ves muy mustio, muy *moscamuerta* y a la mejor eres una *mulita*” (Escobar, 2005, pp. 145-146). Ricardo no se ofende; “le encanta que lo crean mulita”, y lo previene: “yo también te voy a poner un sobrenombre. (...) — *Monaguillo*. Así los dos tendremos nombres de gente de iglesia”. Y concluye: “—Sale bien. Los sacristanes y los monaguillos siempre se entienden”. La complicidad de los apodos resulta tan

¹⁴ El afeminado en *Los 41* es “un ser abyecto, cuyas ‘nefandas aberraciones’ representan una amenaza para la moral y las buenas costumbres. Mientras el discurso médico establece que la homosexualidad es una perversión y sugiere que el homosexual lleva los signos de su anomalía en su propio semblante (...), Castrejón postula su propia teoría que coloca el origen de la homosexualidad en el ocio y la riqueza”. (Torres, 2010, p. 87)

¹⁵ Reséndiz Oikión (2021) advierte que el lector entendido establecerá las implicaciones del símil con Ganimedes, la figura mitológica del joven copero raptado por Zeus, símbolo de la pederastia. “Ricardito es un Ganimedes mexicano en el trance de convertirse en adulto” (s.p.). Sobre el nombre del *terrier* de Boston, el investigador sugirió que el hipocorístico Pito con el que Ricardo llama a su mascota no es casual.

¹⁶ Por las mismas fechas, a mediados de la década de 1930, Salvador Novo dio a conocer en París, en francés, *El tercer Fausto*, un breve diálogo dramático que también recurre a personalidades de la cultura queer para fundamentar la homosexualidad.

juguetera como transgresora, lo cual redundará en las razones por las que Escobar no publicara su obra. De entre los elementos del catolicismo releídos en clave queer destaca la “Parábola de la viña” (Isaías 5: 1-7), que sirve de epígrafe a la novela, puesto que encierra una solicitud para enunciar no la violenta destrucción del viñedo, sino el cántico o relato del “amigo amado”:

Dejadme cantar del amado mío,
 El cántico de mi amigo respecto de su viña:
 Tuvo mi amado una viña en una colina muy feroz;
 Y la cavó, y despedregó,
 Y la plantó de la vid más escogida;
 Y edificó en ella una torre,
 Y también labró a pico un lagar en ella;
 Esperó para que diese uvas;
 Y las dio silvestres. (Escobar, 2005, p. 105)

Como bien señaló Candia (2005), la omisión de versículos evade “el desencanto de la parábola original en donde se dice que se esperaba de los hombres juicio y justicia, pero sólo hubo sangre vertida y rebeliones” (p. 97). Aunque la vileza y el clamor bíblicos sí aquejan al pueblo minero y a Teófilo, el epígrafe subraya el vínculo afectivo por encima de cualquier otro asunto. Con sutileza, mediante insinuaciones, pistas o recursos estilísticos, la voz narrativa es tenaz sobre el homoerotismo y, en el momento cumbre de la relación, el amor homosexual. El lector entendido en los referentes de la cultura gay, así como quien esté atento al funcionamiento y las equivalencias de las metáforas y símiles –tanto religiosos como de la naturaleza que veremos a continuación– no tendrá reparo en discernir lo que ocurre en la cabaña de Teófilo la noche lluviosa en que su sacristán se queda a dormir con él.

Geosímbolos homoeróticos

La trama, como se ha dicho, se desarrolla en cuatro localidades: San Francisquito del Oro y la sierra boscosa, durante la primera parte, y Chihuahua capital y Ciudad Juárez, en la segunda. Cada uno de estos espacios simboliza un nivel de pureza, por lo que a medida que la pareja se aparta de los escenarios naturales su sufrimiento se intensifica. El capítulo 15, el más breve de todos, con apenas tres párrafos, abre con un cuadro sobre un doble ecosistema en pugna: “Noble y fraternal tierra del norte. Hecha de contraste y de sorpresa, de esperanza y austeridad. Plana y recia en la llanura. Sinuosa y erecta en la montaña. Quemada y muerta en el desierto. Húmeda y rumorosa en la serranía”. (Escobar, 2005, p. 181)

En *Vereda del norte*, los paisajes cooperan en la caracterización de sus actores y detonan emociones en quienes los experimentan a través de geosímbolos específicos: la montaña –con la tierra como metonimia– y el bosque –con la flora, la fauna y la tormenta–. Ambos confluyen de manera causal en la relación amorosa. La identificación de dichos geosímbolos devela la sensualidad y el detalle con los que se esbozan los parajes naturales. Los boquetes en la tierra, por ejemplo, se taladran “en la férrea carne de la montaña” (Escobar, 2005, p. 107); los montes se perforan para dejar entrar a sus vientres a los mineros, descritos como figuras hercúleas. Paisaje y cuerpo se fusionan de tal manera que el vínculo adquiere una importancia capital en la escritura de José U. Escobar.¹⁷

Desde la geografía humana, un geosímbolo se entiende “como un lugar, un itinerario, una zona que, por razones religiosas, políticas o culturales, adquiere a los ojos de determinados

¹⁷ En la revista *Tihui*, órgano difusor de las Tribus Indígenas Mexicanas, Escobar (1926) convocó a la masculinidad incipiente: “Ser hombre es despojarse del egoísmo, realizar acciones desinteresadas. Ser hombre es escalar cumbres espirituales, tan altas (más altas que *las más empinadas montañas*) (...). Ser hombre es ser sencillo, ser formal, ser caballero, ser amable, ser bondadoso. Si quieres seguir esta ruta de sacrificio, de disciplina, de autoeducación, de dominio de ti mismo, ven a alinearte con los exploradores, que te recibirán con los brazos abiertos, como a un nuevo hermano”. (p. 13)

pueblos y etnias una dimensión simbólica que refuerza su identidad” (Bonnemaison, 1981, p. 256).¹⁸ El concepto permite profundizar el rol de lo simbólico en el espacio, suponiendo que la trabazón emocional de quienes interactúan con estos marcadores adquiere mayor relieve cuando se encarnan parajes concretos –montaña y bosque, en este caso–. En su expresión más fuerte, un espacio geosimbólico cargado de afectividad y significados “se convierte en un territorio-santuario, es decir un espacio de comunión con un conjunto de signos y valores” (p. 257).

Veamos cómo funcionan los geosímbolos en *Vereda del norte*. La exuberante naturaleza enmarca el primer encuentro: Ricardo acude a cortar leña “en lo más fragoso del monte”, en lo escarpado donde “Todo es claro y luminoso” y el aire requiebra la mañana “suspirando entre los pinares”. La interacción corporal se enciende: “El sol y el aire acarician el torso desnudo del adolescente; los músculos nuevos juegan bajo la piel dorada como el trigo maduro” (Escobar, 2005, pp. 127-128).¹⁹ Con la carga completa de leña, echa a volar la imaginación antes de caer dormido: “Ve lánguidamente las nubes; las viajeras celestes van cobrando la figura de las muchachas que vio el otro día bañándose en el río” (p. 129). Despierta, el tiempo apremia. Ricardo corta camino hasta alcanzar “la colina donde crecen los doce pinos gigantes. El muchacho los ha bautizado con el romántico nombre de Los Caballeros de la Montaña” (p. 130). Entre esta arboleda distingue la figura del desconocido. “Kilómetro y medio de vereda entre los pinos, constituyen una buena base para la amistad. Los pinos son árboles esencialmente sociables; siempre crecen en grupo, rectos, como buenos moralistas, pero en comunidad. Destilan amistad y resina”. (pp. 133-134)

¹⁸ Las traducciones son mías.

¹⁹ En otro texto, Escobar mencionaba que: “Los poetas, los escultores, los filósofos harán del joven heroico, sencillo, modesto y temperante un motivo de inspiración. El espectáculo más grato que el pueblo griego puede ofrecer a los ojos radiantes de los dioses es el cuadro de la juventud sobria y floreciente”. (Escobar, 1921, p. 217)

Para el segundo encuentro, la flora y la fauna del bosque ratifican su función geosimbólica. Ricardo descubre a su amigo trepado a un madroño, desde donde Teófilo juega a imitar el canto de los pájaros: “—Mire, así grita el pitorreal... [carpintero] así platican las golondrinas (...) así lloran los tecolotes” (Escobar, 2005, p. 144). Al adolescente le encanta el prodigio. “Es una amistad formada en la copa de un árbol. Sombra azulosa embebida en resinas...” (p. 145). Cuando Ricardo simula ir a una fiesta y pasar la noche en casa de un amigo, se avecina una tormenta. Teófilo mitiga las ansias de la sorpresiva vista y le advierte: “—Sacristán. Sacristancito. Qué has venido a quedarte conmigo, a dormir, aquí en el bosque. Tú no sabes lo que estás haciendo” (p. 159). El erotismo crece con la admonición:

—¿Ves aquel nubarrón que se levanta sobre los picos de la sierra? Pronto llegará el aguacero. Va a llover como en el diluvio. Las tempestades son fuertes por acá. (...)

—Pero ahora vas a ver lo que es bueno. Pasaremos la noche los dos solitos en la choza. No tengas miedo. Las tempestades no hacen nada. (...)

Otra tormenta peor está desencadenada en el alma del muchacho, que permanece en silencio. (p. 160)

Mientras están en la choza, acurrucados, comienza la precipitación. Ante el vendaval, “viven un momento de zozobra”; se sienten “Prisioneros del bosque negro y de las montañas fantásticas y de los cielos enloquecidos, poblados por espíritus infernales, rodeados por fuerzas gigantescas, de energías inexorables y desconocidas”. Hallan alivio en la mutua confianza, en “el consuelo borroso del calor humano (...) en medio de las montañas llenas de enigmas, y de fuerzas cósmicas desencadenadas. Calor de humanidad. Presencia inefable de otro ser humano. Teófilo pasa su mano sobre los cabellos de su compañero” (p. 164). El bosque revelado por los relámpagos atestigua el acto carnal.

En suma, el lazo homosexual no solo se construye a través de juegos de palabras, referencias de variada índole e insinuaciones en la interlocución, sino que también los paisajes a punto del desborde corresponden con el despertar sexual del protagonista, quien gustaba de aclarar sus emociones mediante el sonido de la naturaleza, en particular de su “dulce maestro: la montaña” (Escobar, 2005, p. 177), donde percibía una melodía similar a la que vibraba en su solitario corazón, hasta que encontró a su par. Tan pronto la pareja se aleja de los paisajes naturales y abiertos, la operabilidad de los geosímbolos cesa y los capítulos se vuelven parcos. En las ciudades –Chihuahua y Ciudad Juárez– la alegría campirana se convierte en nostalgia y se pinta de tragedia.

Agitación revolucionaria: del mineral al paredón

Durante los días posteriores a la noche en la cabaña presenciamos a un Ricardo atribulado y entristecido, sus ojos “están ahora más hundidos. Casi no se distinguen sus pupilas entre las grandes pestañas. Se ha puesto un poco pálido” (Escobar, 2005, p. 166). Doña Carmelita se muestra preocupada por la salud de su pequeño y acude al consejo de Casimira:

una criada vieja que fue nana de Ricardo, [quien] tiene mejor psicología. –Es que ya comienzan a gustarle las muchachas. ¡Quién sabe en qué andará metido! Hay que cuidarlo porque, no ofendiendo a su merced, los muchachos se vuelven el diablo.

(Escobar, 2005, p. 166)

Lo que en verdad lo acongoja es la injusticia que atormenta a los desposeídos: “Su mamá es injusta. Es buena; pero es injusta. Ha dicho cosas terribles de Teófilo, cuando ella no sabe” (Escobar, 2005, p. 166). Ocurre, entonces, un resquebrajamiento en el seno familiar, por lo que “siente miedo y remordimiento cuando le dan buena comida o cuando lo acaricia su mamá; su mamá que es tan dulce para él y tan dura para el otro pobre” (p. 167). A la mitad de la novela, en

el capítulo décimo, atestiguamos que San Francisquito del Oro no era ajeno a las tribulaciones regionales. A sus cantinas y tendajos llegan ejemplares del periódico *Regeneración*: “Lo escribían en el extranjero unos hombres que deben haber sido nobles y valerosos” (p. 169).²⁰ La lectura de las proclamas de los hermanos Flores Magón, así como de *La sucesión presidencial*, de Madero, conduce a los mineros a una toma de conciencia bien meditada y, posteriormente, a las armas. “Permanecen hasta las altas horas de la noche leyendo el libro [de Francisco I. Madero] que, en un lenguaje sincero y humilde, pero tembloroso de realidad, habla a las almas indignadas de los desheredados”. (p. 170)²¹

Don Leónidas Araujo, el más propagandista y con “madera de apóstol”, “comenzó a publicar semanalmente un periodiquito, escrito a máquina (en el pueblo no había imprenta) rotulado *La voz del norte*” (Escobar, 2005, p. 171), donde se arremolinaban “hermosas palabras: Patria, Humanidad, Sufragio, Justicia, Democracia, Luz y Reivindicación Social”. El papá de Ricardo, don Julio García, se despide del muchacho dejándolo a cargo de su madre y de su pequeña hermana: “Nosotros tenemos que sacrificarnos y que ser valientes. Sé valiente tú también, hijito” (p. 172). Los serranos se enfilan a la revuelta en su momento seminal. “—Los revolucionarios han recibido mucho armamento de la frontera. —Ahora van para Casas Grandes.

²⁰ Publicación de carácter anarquista y de oposición al régimen porfirista. Sus editores, Práxedes Guerrero, y los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, se dirigían a los obreros, a la clase trabajadora que surgió con el avance de la industrialización en el país. “El horror a la Revolución” (1910), artículo publicado en Los Ángeles, arenga a los lectores a tomar las armas, poniendo especial atención a un gremio: “El dueño de una mina no se preocupa porque el lugar del trabajo ofrezca riesgos para la vida de los obreros; no hace las obras necesarias para que el trabajo se efectúe en la mina en condiciones de seguridad que garanticen la vida de los mineros. Por eso se desploman las minas, ocurren explosiones, los obreros se desprenden de los elevadores y hay otros muchos siniestros. El capitalista tendría que ganar menos si protegiese la vida de sus operarios, y prefiere que éstos revienten en una catástrofe; que las viudas y los huérfanos perezcan de hambre o se prostituyan para poder vivir, a gastar algunas sumas en favor de los que con su trabajo lo enriquecen, de los que con su sacrificio lo hacen feliz”. (Flores Magón, 1910, s.p.)

²¹ Francisco Madero, descendiente de una acaudalada familia del norte de México, “acaudilló un movimiento de protesta para modernizar la política acorde a los tiempos que transcurrían” (Siller, 2018). Comenzó su campaña electoral a la presidencia en abril de 1910, “luego, formó clubes y a la usanza moderna hizo giras electorales, hasta que reveló la intolerancia política del régimen cuando se le encarceló en el mes de junio y escapó hacia la frontera norteamericana. Poco después desde San Antonio, Texas, con el Plan de San Luis, hizo un llamado a la guerra civil”. (p. 27)

Los manda Pascual Orozco”, pero más diestros con el pico y pala que con el fusil mueren en su primera contienda, “derrotados en el rancho de Las Escobas y en Cerro Prieto, donde los federales fusilaron a los prisioneros” (p. 173). Hacia fines de 1910, el maderismo cobró bríos en Chihuahua, incluso algunas “amargas derrotas”, como las denominó Pedro Siller (2003), contribuyeron a “inflamar los ánimos de los serranos” (p. 52) y granjearse la simpatía popular. Una de ellas, registró el historiador:

fue en Cerro Prieto, el domingo 11 de diciembre de 1910. Allí el principal jefe militar, Pascual Orozco, enfrentó con trescientos rebeldes al general Juan José Navarro, que tenía alrededor de mil soldados. Aunque las bajas fueron pocas en ambos bandos, Navarro consiguió muchos prisioneros y quiso dar un fuerte escarmiento a los rebeldes. Mandó rematar a los heridos con el uso de bayoneta, y a varios de ellos ordenó quemarlos vivos. Entre ellos a dos de los parientes más queridos de Orozco (...). Algunas mujeres del pueblo, de las que se sabía eran parientes o simpatizantes de los insurrectos, ordenó Navarro cintarearlas en público. Entre las víctimas inocentes, “pacíficos” como les llamaban, fusilaron a 22 personas, entre ellas tres ancianos mayores de ochenta años. (Siller, 2003, pp. 52-53)

La mención en *Vereda del norte* a Pascual Orozco (1882-1915) conlleva una postura a favor de la memoria del general chihuahuense.²² Orozco creyó que la Toma de Ciudad Juárez, del 11 al 13 de marzo de 1911, se consumaría con el fusilamiento de Navarro, quien entregó la plaza a las fuerzas maderistas. Sin embargo, dicho ajusticiamiento no ocurrió; por el contrario, se pensó que Orozco solo buscaba venganza por lo ocurrido en Cerro Prieto. Madero optó por perdonarle la vida al experimentado general porfirista, a quien se le trató con todos los honores

²² Además de haber nacido en la sierra, en San Isidro –municipio de Guerrero–, también estaba vinculado a la minería “como transportista de metales”. (Siller, 2003, p. 46)

del rival vencido. Orozco se volvió en contra de su antiguo cabecilla, proclamado presidente de México tras la dimisión de Porfirio Díaz, liderando una de tantas facciones –la del Plan de la Empacadora– de los muchos bandos perdedores. A todos estos primeros caudillos “la historiografía oficial –que sólo enaltece a los ganadores– los injurió hasta el cansancio, o en el mejor de los casos simplemente los ignoró”. (Siller, 2003, p. 19)

En las entrevistas hechas por el biógrafo de José U. Escobar, algunos “afirman que fue secretario particular de Pascual Orozco, aunque no lo podemos confirmar. (...) Lo que sí sabemos es que el 25 de junio de 1911 firmó, en la capital de Chihuahua, un manifiesto que apoyaba su candidatura” como gobernador del Estado (Sánchez, 1997, p. xix). La gesta del caudillo lo llevó a su asesinato en pleno exilio en 1915 en la zona texana de Sierra Blanca, acusado de haber robado ganado a un terrateniente norteamericano.²³ En el sepelio, en El Paso, Escobar pronunció la oración fúnebre, transcrita por el historiador Juan Amaya (1946): las “palabras de lágrimas dichas ante los restos del General” y sus compañeros, “hermanos de dolor y de destierro”, sollozan ante quien “Era apenas ayer el gentil guerrillero de la *montaña*”. (pp. 451-456)

De vuelta a la novela, una vez que la mamá de Ricardo confirma que su marido “Murió como un héroe (...) acribillado a balazos en los peñascos de Cerro Prieto” (Escobar, 2005, p. 174), el joven experimenta una extraña sensación de equilibrio: “se siente satisfecho de su dolor”. Cuando va a ver a Teófilo –porque hay que recalcar que después de la noche juntos se siguen frecuentando– “se siente más igual. (...) Ahora la vida lo ha estrujado” (p. 175) y necesita

²³ Aún existe controversia sobre el asesinato de Orozco el 30 de agosto de 1915: “Las declaraciones publicadas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos y la prensa norteamericana eran poco convincentes: se decía que Orozco había hecho una incursión en la hacienda Love, había atacado a los trabajadores, robado caballos y ganado, y se agregaba que había muerto en una ‘pelea limpia’ en la que el grupo de la policía había actuado en ‘defensa propia’”. (Meyer, 1984, p. 160)

consuelo, pero Teófilo “ha principado a mostrarse taciturno y raro”. Pasan horas en silencio, tumbados a la sombra de los encinos. Ricardo no sabe a qué atribuir el cambio repentino, e idea suposiciones:

Pero las palabras toman repentinamente la forma del destino.

—¿Sabes compita, que ya muy pronto tendremos que separamos?

—¿Por qué?

—Nos vamos a ir para el norte. Mi hermano ha vendido la milpa y vamos a llevar unas cabezas de ganado. Después nos meteremos en la bola. A ver a cómo nos toca. Si tú quisieras, podrías unirte con nosotros.

Ricardo siente el deseo de seguir el ejemplo de su padre, de morirse como su papá, si fuera necesario. (Escobar, 2005, p. 175)

No obstante, asume la responsabilidad de su familia como un acto de madurez inusitada hasta ese momento (capítulo 12). “—¡Adiós, Sacristán!/ —¡Adiós, Monaguillo! (...)” (Escobar, 2005, p. 176). Sin el sustento diario, la familia de Ricardo se ve forzada a emigrar a la capital del Estado, donde supuestamente unos familiares los iban a auxiliar. La dura estancia en la ciudad de Chihuahua (capítulo 17), en la que el joven trabaja “a destajo durante varios meses”, le sirve para comprobar que puede ganarse la vida, por lo que deciden partir en uno de los “trenes de refugiados que huyen hacia el norte. ¿Por qué no irse con ellos también? Allá podrá trabajar. No faltará en qué”. Una vaga esperanza lo visita: “—Y puede que por allá (...) la silueta de una figura que se pierde entre las nieblas en el camino del norte, vaga en su fantasía”. (p. 185)

La representación de una ciudad cosmopolita y transfronteriza, diametralmente opuesta a la vida apacible, básica y casi bucólica de la sierra, ocupa los tres últimos capítulos, cuando la familia llega a la frontera a través de las vías ferroviarias que atraviesan el desierto. La

descripción de un ecosistema contrastante anticipa el reencuentro funesto de la pareja: “Imagina Ricardo que desde las ventanillas del tren podrá encontrar lo que busca en el camino del norte. Lo examina todo, pero nada. Arenales estériles. Médanos fulvos. Sedientos. Sinuosidades azules de montañas lejanas. Ya están cerca de Ciudad Juárez” (p. 187). Tan pronto salen de la estación de pasajeros, madre e hijos “van a parar a una casa vieja, de dos pisos, llena de anuncios de una cervecería. Aquello es el hotel. Abajo hay un restaurante de chinos” (p. 187) al que Ricardo acude a probar su nuevo estatus de hombre productivo. Ahí escucha a unos soldados que leen en voz alta el periódico: “*Próximamente serán ajusticiados los hermanos Teófilo y Bernabé Domínguez*”, responsables de haber asesinado a un “*ranchero norteamericano que trató de penetrar a la fuerza en la milpa de los mexicanos, en busca de vacas que se le habían perdido en una lechería del otro lado del río*”. (pp. 189-190)

La noticia sobre la pena capital hiela al joven. Vale notar la similitud de las causas de esta condena con las que se elucubraron en torno a la muerte de Pascual Orozco. La última escena, en el panteón municipal, es de gran patetismo. La ejecución de los hermanos comienza desde la salida de la cárcel en plena madrugada hasta que el cortejo arriba al paredón, todo bajo la mirada “de un muchacho lloroso y desesperado”. Ricardo intenta acercarse, rompiendo el cerco, pero “de un empujón lo separa un soldado”:

—¡Monaguillo! ¡Monaguillo!

Teófilo reconoce aquella voz. Es la voz de su muchacho, de su angelito. Vuelve el rostro, se detiene un instante, sus ojos se llenan de lágrimas. Sonríe tristemente, como diciendo: “¡Ya lo ves! Ahora ya nada tiene remedio”. Y le dice adiós con la mano. (Escobar, 2005, pp. 193-194)

Los Domínguez muestran valentía; no aceptan ser vendados y el mayor prorrumpe en insultos contra los gringos: “Varios yanquis curiosos o sedientos de venganza han ido a presenciar la ejecución. Se trata de un espectáculo único para tan cristianas criaturas” (Escobar, 2005, p. 194)²⁴. Teófilo y su hermano reciben las descargas “llenos de serenidad” (p. 195); en cambio, “Ricardo, casi enloquecido, oprime los hierros de la puerta hasta hacerse sangrar las manos. (...) Nunca olvidará este momento” (p. 196). La novela cierra con las íntimas exequias del muchacho sobre la tumba de su amado (p. 197). El ambiente fúnebre, propio de una ciudad que ha sufrido varias batallas a lo largo de su historia, se funde con el dolor de Ricardo.

Reflexiones finales. Juárez con jota

Ernesto Reséndiz Oikión (2021) ensalzó la estampa y porte de José U. Escobar, quien, a pesar de haber vivido en la más plena libertad homosexual, manteniendo relaciones amorosas, afectivas y sexuales con jóvenes, quedó invisibilizado en la historia de la cultura gay mexicana: “Su salud se vio mermada, pese a su ánimo de patriarca fundador. Sus amigos recuerdan que era cantante de ópera y perdió la voz; era orador y perdió el habla; era un atleta y quedó parálítico” (s.p). Esta decaída corrió en paralelo a su estatus social durante sus últimos años en la capital chihuahuense, en donde “Murió el 15 de agosto de 1958, en medio de una aguda precariedad económica, a causa de una trombosis cerebral después de haber padecido arteriosclerosis por varios años”. (Sánchez, 1997, p. 33)

²⁴ El “incidente novelado”, según Darío Sánchez (1997), “se basa en hechos reales acontecidos del 22 al 25 de enero de 1916, cuando los hermanos Bernardo y Teodoro Durán fueron fusilados en el cementerio de Cd. Juárez, para calmar los enconos de norteamericanos y mexicanos enfrascados en cruentas pugnas derivadas del asesinato perpetrado por villistas en contra de 15 trabajadores norteamericanos de la Compañía Minera de Cusihuiriachic cerca del poblado de Santa Isabel –hoy Ángel Trías–” (p. 27). El historiador chicano David Dorado Romo (2017) recrea el “admirable dramatismo” con que una banda tocó *Aída*, de Giuseppe Verdi, mientras sucedía una ejecución. La serie fotográfica *Triple ejecución en México* de 1916 testimonia la solemnidad de estos espectáculos, así como la multitud que acudía a presenciarlos. (pp. 224-227)

En la conferencia “Fronteras del deseo: mapa de la literatura LGBT del norte de México” (2021), Reséndiz Oikión trajo a cuento una biografía novelada sobre el poeta homosexual colombiano Porfirio Barba Jacob (1883-1942). Entre las páginas de *El mensajero* (1991), de Fernando Vallejo, aparece “José U. Escobar, ‘el maestro’, [quien] presidía una especie de Academia griega de bellos muchachos, en la que se ‘cultivaba el cuerpo a la vez que el espíritu’” (Vallejo, 2008, p. 204). Así se evoca a “ese Sócrates calvo y cabezón que había fundado las Tribus de Exploradores Mexicanos”.²⁵

Cabe mencionar que en la reconstrucción y el entramado de cualquier historiografía literaria regional resulta de particular interés identificar los contrapesos en torno a los discursos validados por instituciones académicas o gubernamentales a través de premios o estímulos a la creación, reconocimientos por trayectoria, incluidos los póstumos, o programas editoriales. Si bien el Fondo Municipal Editorial Revolvente publicó *Vereda del norte* y otras voces contemporáneas a Escobar, el proyecto no tuvo continuidad en la siguiente administración (2007-2010). Actualmente, el libro editado por Adriana Candia está agotado y no forma parte de los programas de literatura de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.²⁶

¿Hasta qué punto la literatura de renombre local, aquella que cuenta con proyección nacional e internacional, refleja la ideología dominante de la sociedad que la auspicia y de la que abreva? En Ciudad Juárez existe una tradición escritural que ha ganado terreno bajo el amparo de

²⁵ El retrato concuerda con la pintura hecha por Aarón Piña Mora, quien inmortalizó a Escobar en los murales del Palacio de Gobierno de Chihuahua. En una de las esquinas de la planta baja “se puede distinguir su cara redonda de tez blanca, calvo y de ojos color café”. (Sánchez, 1997, p. 30)

²⁶ Durante mayo y junio de 2020, el proyecto *Cartografía Literaria de Ciudad Juárez* (Juaritos Literario en Facebook) publicó en YouTube una ruta literaria virtual: la serie de cápsulas que conforman *Huellas de La Toma* recrea la batalla de 1911 que precedió a la Revolución mexicana. La “Parada 9: *Vereda del norte*” (<https://youtu.be/x5FCbXBaE3Y>), a cargo de la estudiante Pamela Torres, se ocupa de la novela en cuestión, ilustrando con fotografías de época algunos pasajes o sitios aludidos en la ficción.

fondos y cargos públicos, coediciones institucionales y dictámenes o deliberaciones a modo.²⁷ La narradora Rosario Sanmiguel (1994) radiografió el panorama de la literatura juareense a finales del siglo pasado, el cual aún pervive a través de sus principales impulsores, salidos del Taller Literario del Museo de Arte del INBA:

A pesar de que resulta riesgoso tratar a estos talleristas como grupo, hay algunos aspectos (además de la obvia coetaneidad) que en mayor o menor grado todos compartieron, principalmente los poetas, que eran la mayoría, y que los distingue como una generación de poetas *naive* convencidos de su condición de malditos. La fascinación por la inagotable vida nocturna de la ciudad, el descubrimiento de las putas, la desfachatez y la insolencia los hizo suponerse únicos. El machismo llevado a un extremo en ocasiones sospechoso y siempre insultante, que mantuvo a raya a algunas jóvenes que quisieron integrarse al taller, y que los animaba a prenderse botones en la camisa con la leyenda “Sin una gota de semen hasta la tumba”. Esta comunidad de vivencias desarrolla una sensibilidad que posteriormente se mostrara en algunos de sus libros. (Sanmiguel, 1994, p. 55)

Más allá del fulgor heterosexual y de una misoginia e indolencia ante las víctimas de feminicidio, de crímenes de odio cometidos contra lesbianas, gays, bis y trans, de desaparición forzada o vinculadas al trasiego de estupefacientes, resuenan voces listas para ser estudiadas en conjunto gracias a su disidencia sexoafectiva, sexualidades minoritarias y diversas que se posicionan de manera particular desde planteamientos eróticos, identitarios, estéticos y políticos.

²⁷ Menciono un caso reciente. *Ciudad negra: antología de poetas de Ciudad Juárez 1980-2013* apareció en 2018 bajo los sellos editoriales de la UACJ y Bonobos. Jorge Humberto Chávez, quien dirigió en la frontera el Taller Literario del Museo de Arte del INBA durante la década de los 90 y fue director local del Instituto Chihuahuense de Cultura (ICHICULT), antologó a 13 escritores –12 hombres heterosexuales y una sola mujer–. En esos más de 30 años que el libro promete se ignoran deliberadamente los versos de Carmen Amato, Arminé Arjona, Micaela Solís, Susana Chávez Castillo, entre tantos otros. Para leer más sobre la controversia, véase el artículo de opinión de Antonio Rubio (2018).

La pareja protagónica de *Vereda del norte* desarrolla un vínculo que sobrepasa la amistad, en complicidad y bajo el auspicio de un narrador en tercera persona sin prejuicios ni descalificaciones. La escritura geosimbólica es un recurso compositivo a través del cual los personajes encarnan los elementos esenciales del bosque y la montaña. Los paisajes en la novela tienden puentes hacia otras imágenes y constructos de las diversidades sexogénicas en la literatura. En este sentido, estamos ante un *bildungsroman* queer, una novela de formación y aprendizaje centrada en la búsqueda de identidad homosexual de un adolescente. Un autodescubrimiento digno y con orgullo; un viaje hacia la aceptación.²⁸

Así, su aventura se transforma de manera súbita a través de diferentes pérdidas –incluida la del ser amado– en una adultez sumamente violenta. Un movimiento armado provocado por la injusticia social se superpone de manera trágica al amor entre Ricardo y Teófilo. Cuando el sonido de las fábricas suena en la frontera:

El horizonte que sirve de fondo al paredón del patíbulo va poco a poco cambiando de color, de gris acerado que es, se tiñe de rojo en el oriente, como si un pincel empapado de sangre pasara por el cielo. (Escobar, 2005, p. 194)

Solo en Teófilo y en su hermano perduran las “dulces palabras” que intercambian antes de ser abatidos, cual mártires de una lucha ajena, de la que salen derrotados de manera funesta.²⁹

Vereda del norte no pertenece a la literatura de la Revolución mexicana solo por las fechas representadas, o por retratar –en segundo plano– a los alzados, sino por contener indicios que, al tiempo de reivindicar a Pascual Orozco como uno de sus protagonistas, ponen en tela de juicio el

²⁸ Salvando las distancias, encuentro más de una conexión entre *Vereda del norte* y la novela gráfica *Heartstopper* (2018), de Alice Oseman, recientemente adaptada como serie para la pantalla chica.

²⁹ Cabe recordar al respecto lo planteado por Anzaldúa: “Los gringos del suroeste de Estados Unidos consideran a los habitantes de las tierras fronterizas transgresores, extranjeros –tanto si tienen *documents* como si no, tanto si son Chicanos como si son Indios o Negros–. Prohibida la entrada, los *trespassers* serán violados, mutilados, estrangulados, atacados con gas, *shot*”. (2016, p. 42)

movimiento bélico más importante de la historia moderna de México. Más bien, esta novela, compuesta hacia 1937, se encuentra en la vanguardia de un conjunto de obras literarias escritas en la región de Ciudad Juárez-El Paso y ligadas por la desobediencia de género, raza y disidencia sexual. Sobre esta delgada línea edificada como una tradición, fragmentaria, dispersa e interrumpida, pero tradición al fin, descansan suficientes exponentes, algunos más transgresores o experimentales que otros, con los que es posible trazar una historia de la literatura –tanto regional, en primera instancia, como en una escala nacional y latinoamericana– de la que se desprenden formas de ser y actuar desde perfiles queer, asentados en ambos lados de la frontera (Montiel, 2019).³⁰

Si *México se escribe con J*, como anuncia la antología pionera en estudios queer de Michael Schuessler y Miguel Capistrán (2010), Juaritos –hipocorístico de la urbe– no precisa de la falta ortográfica y Juanga –hipocorístico del famoso cantante Juan Gabriel, el divo de Juárez, hijo predilecto de la frontera– da fe de ello. La historia de la cultura queer/cuir³¹ en la frontera norte –incluida la gay y todo tipo de disidencia sexual– espera paciente para ser escrita. En última instancia, este artículo pretende ser un eslabón a la hora de urdir una historia literaria regional –en el septentrión mexicano– que sirva de retruécano al canon autoritario, homófobo, machista. Desde el campo de los estudios literarios, la investigación ha aportado un sustento analítico, contextual y conceptual a favor de la lucha contra la inequidad, la discriminación y la

³⁰ Enlisto, a continuación, algunas de estas piezas: *The Rain God: A Desert Tale* (1984), novela de Arturo Islas; *Nanas para dormir a Jonás* (2009), poemario de Arturo Ramírez Lara; *Los días y el polvo* (2011), novela corta de Diego Ordaz; *Everything begins & ends at the Kentucky Club* (2012), cuentario de Benjamin Alire Sáenz; *Northern lights o Hacia las luces del norte* (2015), novela de Ángel Valenzuela; *Cuentos únicos y secundarios* (2017), relatos de César Graciano; así como la obra en general de la chicana Alicia Gaspar de Alba.

³¹ Sayak Valencia (2015) expone de manera sagaz “que las multitudes *queer* y sus acciones directas e incluso teóricas trascienden la geopolítica del norte en la que se inscriben y activan de manera colectiva la desobediencia crítica del *tercer mundo estadounidense* frente a las formas subalternizantes del poder hegemónico; creando una coyuntura del desplazamiento geopolítico y epistémico de lo *queer* a lo *cuir*, puesto que la tercermundización –como categoría de enunciación de los procesos de subalternización glocal– teje redes de intercambio y diálogo posible con el sur”. (p. 28)

estigmatización motivadas por visiones hegemónicas puestas en crisis en la última década.³² La pareja protagónica de *Vereda del norte* antecede y forma parte de una estirpe de personajes seducidos por estilos de vida, elecciones y decisiones ejercidas para colmar deseos, disfrutar su intimidad e intercambiar humores y afecto sin reparar en la heteronorma.

³² La introducción de Rodrigo Parrini y Alejandro Brito (2014) a *La memoria y el deseo: estudios gay y queer en México* suena profética: “Es raro encontrar en México una revista académica consolidada que dedique un número monográfico a la diversidad sexual, a los homosexuales o lesbianas, a las personas trans, a las teorías queer. Los prejuicios son muchos y para la academia dominante estos temas son poco serios, menores o innecesarios. Tardará en salir el sol sobre estos oscuros cielos editoriales y burocráticos”. (p. 9)

Referencias

- Amaya, J. (1946). *Madero y los auténticos revolucionarios de 1910, hasta la decena trágica y fin del general Pascual Orozco*. México: s.n.
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La frontera: The New mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands/La frontera*. C. Valle, Trad.. Madrid: Capitán Swing.
- Bonnemaizon, J. (1981). Voyage autour du territoire. *Espace géographique*, 4, 249-262.
- Candia, A. (2005). *Vereda del norte* de José U. Escobar: revolución y homosexualidad. En J. U. Escobar. *El evangelio de Judas de Keryoth; Vereda del norte (dos novelas inéditas de 1937)* (79-101). Ciudad Juárez: Gobierno Municipal.
- Domínguez-Ruvalcaba, H. (2019). *Latinoamérica queer: cuerpo y política queer en América Latina*. S. Verjovsky, Trad. México: Ariel.
- Dorado Romo, D. (2017). *Historias desconocidas de la revolución mexicana en El Paso y Ciudad Juárez 1893-1923*. México: Era.
- Escobar, J. U. (1921). La sombra de Karmidez. *México moderno*, 1(10), 216-219.
- Escobar, J. U. (1926). Vivac. *Tihui*, 1, 13.
- Escobar, J. U. (2005). *El evangelio de Judas de Keryoth; Vereda del norte (dos novelas inéditas de 1937)*. Ciudad Juárez: Gobierno Municipal.
- Flores Magón, R. (17 de diciembre de 1910). El horror a la Revolución. *Memoria política de México*. S.l.: Instituto Nacional de Estudios Políticos. <https://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1910EHR.html>
- García-García, J. M. (2005). Epílogo: el proyecto Escobar (contextos y textos). En R. Escobar. *Don Rómulo Escobar: artículos y ensayos (1896-1946)* (237-359). Ciudad Juárez: Gobierno Municipal.

- Meyer, M. (1984). *El rebelde del norte: Pascual Orozco y la Revolución*. México: UNAM.
- Montiel, C. U. (29 de junio de 2019). Vereda hacia el camino boreal. *SinEmbargo.mx*.
<https://www.sinembargo.mx/29-06-2019/3601990>
- Parrini, R. y Brito, A. (2014). Introducción. En R. Parrini y A. Brito (Eds.). *La memoria y el deseo: estudios gay y queer en México* (7-21). México: UNAM.
- Reséndiz Oikión, E. (23 de junio de 2021). Fronteras del deseo: mapa de la literatura LGBT del norte de México. *Museo de Arte de Ciudad Juárez*. https://fb.watch/ggfNTwX_Q5/
- Rubio, A. (2018). *Ciudad negra*: antología imprecisa de poetas del Taller Literario del INBA en Ciudad Juárez (1988-2013). *La Santa Crítica*. <https://lasantacritica.com/general/ciudad-negra-antologia-imprecisa-de-poetas-del-taller-literario-del-inba-en-ciudad-juarez-1988-2013/>
- Sánchez, D. O. (1997). José U. Escobar: la inquietud errante. En J. U. Escobar. *Siete viajeros y unas apostillas, Ciudad Juárez, Paso del Norte, cuatro siglos* (13-37). Ciudad Juárez: Gobierno Municipal.
- Sanmiguel, R. (1994). Travesía fugaz: el desarrollo literario en Juárez. *Cultura Norte*, 32, 54-59.
- Siller, P. (2003). *1911: la batalla de Ciudad Juárez I: la historia*. Ciudad Juárez: Cuadro por Cuadro, Imagen y Palabra.
- Siller, P. (2018). Muy breve noticia de la Revolución mexicana. *Cuadernos Fronterizos*, 16(5), 27-30.
- Torres, V. F. (2010). Del escarnio a la celebración: narrativa mexicana del siglo XX. En M. K. Schuessler y M. Capistrán (Eds.). *México se escribe con J: una historia de la cultura gay* (86-100). México: Planeta.

Valencia, S. (2015). Del *queer* al *cuir*: *ostranénie* geopolítica y epistémica desde el sur glocal. En

F. Lanuza y R. Carrasco (Eds.). *Queer & cuir: políticas de lo irreal* (19-37). Querétaro:

Universidad Autónoma de Querétaro.

Vallejo, F. (2008). *Barba Jacob, el mensajero*. Bogotá: Alfaguara.